La Clase Agrícola espina dorsal de la Sociedad

Prescindamos del elogio de la vida campesina. Basta abrir un poco los ojos ante el paisaje ingrato de la situación moral, social y profesional del campesino de nuestro país para que muera la égloga en nuestros labios. Aun en el cuadro de impresionante belleza de la región andina el paisaje humano es de una triste disonancia. Es característica universal el abandono en que se deja languidecer a esta clase social, reserva perenne de valores. ¿Se deberá ello a que es el grupo social que menos grita?

Con su evangélica franqueza al felicitar Pío XI a los sacerdotes que trabajaban en el campo italiano les dice: **"Esta población rural merece bien vuestros sudores y fatigas, porque ella es realmente la espina dorsal de la nación, aun siendo la más modesta, la menos ruidosa, la menos teatral de todas las clases del país".** (Pío XI, discurso del 12 de enero de 1938).

La paciencia es virtud campesina, y don innato del hombre del campo el esperar, pero la paciencia y la espera tienen un límite, y la miseria inhumana que los convierte en abyectos siervos de un pedazo de tierra inhóspita va empujando a nuestros campesinos hacia la ciudad fascinante y más hospitalaria.

UN DIAGNOSTICO DE NUESTRO CAMPO:

Ya lo hizo con pulso seguro, ojo certero y clara inteligencia el Dr. José M. Bengoa en su monografía ejemplar **"Medicina Social en el medio rural venezolano"** (Caracas, 1940). Desde entonces poco ha cambiado en el cuadro. Han desaparecido algunas sombras, pero la zona oscura se ha difundido de manera alarmante. La malaria ha desaparecido de hecho del cuadro gracias al esfuerzo titánico del grupo de hombres beneméritos para la Patria y la Humanidad que componen el Instituto de Malariología. Y vaya nuestro homenaje no sólo al artífice de la victoria, Dr. Arnoldo Gabaldón y su equipo de inteligentes y esforzados colaboradores, sino también el escuadrón anónimo y oscuro de empleados y trabajadores que en misión gloriosa se sembraron por los rincones más inaccesibles de Venezuela. Hoy el Instituto de Malariología con su capitán al frente se ha abocado a la lucha contra el rancho rural y a una política de elevación campesina por medio de una vivienda decente y el mejoramiento sanitario. El Instituto de vivienda rural en tan buenas manos comenzó ya a ser una realidad llena de promesas. Fuera de esto poco se ha hecho en la lucha contra el rancho campesino. Y la anquilostomiasis se ceba en el habitante de nuestros campos dejando en él esa huella de tristeza sin esperanza. Esta plaga de la anquilostomiasis, como bien lo dice Pablo Perales Frigols, es una endemia dependiente de la situación económica de la clase social y desaparece completamente cuando se vive en casas bien hechas, que disponen de baños y sanitarios, donde se bebe agua filtrada o proveniente de los servicios municipales, y en las que los habitantes pueden disponer de calzado... La anquilostomiasis es la enfermedad más importante en todo el Llano y tiene la misma causa: bajísimo nivel de vida. (Geografía Económica del Estado Cojedes, Revista de Fomento, enero-junio 1956). La tuberculosis continúa ensañándose en nuestos medios rurales y trasmitiéndose de padres a hijos. La casi inexistencia de centros asistenciales y el ínfimo nivel de vida del campesinado hacen endémica la enfermedad. Pero "la rúbrica general es, dice Pablo Perales al hablar de Cojedes, la anemia y ésta puede ser achacada ya a un estado heredado de la época anterior cuando el paludismo minaba la resistencia de la población, ya a la falta de medios de subsistencia"... La anemia es la rúbrica general de nuestro campesinado, y se debe sobre todo a su malnutrición. En un elocuente cuadro estadístico que hace el Dr. Bengoa sobre la población de Sanare (Lara), resulta que hay un 30% de las familias de los caseríos de Sanare que no toman leche ni una sola vez al mes, y un 20% de las familias del casco; un 81% de las familias de los caseríos no toman huevos una vez al mes, y un 62% del casco y un 95% de las primeras y un 62% de las segundas no comen carne ni una vez al mes. Los datos son de hace más de un decenio, pero la situación tristemente no ha mejorado gran cosa. La carne, la leche, los huevos y el pescado son alimentos muy raros en la mesa campesina. Según el Bo-

letín Mensual de Estadística (mayo-junio 1957), se consumieron en Venezuela en **1956** 105.269 toneladas métricas de carne, correspondiendo **26.776** al Distrito Federal y **78.493** al resto de la república. Basta una sencilla operación de división para calcular el reducido consumo de carne en el interior del país, y lo que de ello corresponderá a nuestro campesino y su familia.

Sobre la vivenda rural se ha insistido varias veces en nuestra revista y las expertas plumas del P. Aguirre E. y el Dr. S. J. Carrillo han estudiado exhaustivamente el tema. Conforme al Octavo Censo General de la Población (26 noviembre, 1950) de las **875.704** viviendas existentes en Venezuela, **428.333** entran en la categoría de casas, **28.048** en la de apartamentos, **408.803** en la de ranchos y hay 10.520 de calificación no indicada. En muchos de los Estados supera con mucho el rancho a la casa y en algunos como El Apure, Barinas, Portuguesa, Cojedes, Sucre, el predominio del rancho es absorbente. En el Apure de 14.365 viviendas son ranchos 11.135. Barinas y Cojedes tienen parecidos porcentajes. Según el mismo Censo el 52,1% de las viviendas tienen el piso de tierra, el 38% son de techo de paja. Gracias a Dios entre los censos de 1941 y el de 1950 hay un visible progreso, y el 61% de ranchos se transforma en un más alegre 46,7%. El ambiente único del rancho no puede menos de favorecer la promiscuidad y preparar el caldo al contágio de las enfermedades. Bajo el aspecto sanitario abren un paréntesis a la esperanza, sobre todo en la lucha contra la anquilostomiasis, la construcción de letrinas. En el censo de 1941 un total de 24% de vivendas poseían W. C. o letrinas, en el de 1950 la proporción sube ya a un 40%, aunque siempre en las zonas rurales no es muy elevado el progreso, a pesar del empeño de la malariología.

El analfabetismo forzoso de la inmensa mayoría de nuestros campesinos, el triste abandono de la mujer campesina, sujeta con fatal y pasiva servidumbre a los caprichos del hombre, los salarios de hambre del peón rural, la ausencia de servicios médicos o su precaria situación, la inestabilidad que da a la mayoría de nuestros campesinos la falta de propiedad del suelo, el mismo desamparo espiritual motivado por la escasez de sacerdotes, el caciquismo impenitente a que en muchas partes viven todavía sometidos..., son factores que entenebrecen el horizonte de nuestro campesinado.

UNA CIVILIZACION RURAL:

Grande es el interés que la Iglesia actual, y sobre todo S. S. Pío XII, ha prestado al problema del campo. Partiendo del documento "príncipe", la alocución a los miembros del Congreso de la Confederación italiana de labradores del 15 noviembre de 1946 (A.A.S. XXXVII, Nº 13), texto en el que por primera vez la Iglesia da un conjunto orgánico de directivas sobre el orden social a los agricultores, se desglosa una cadena de documentos exclusivamente dedicados a los problemas sociales del mundo agrario. Es el mismo Papa quien nos habla en términos precisos de esta "civilización cristiana rural". **"Hay que velar con sumo cuidado** para que se conserven en la nación los elementos esenciales de lo que se podría llamar la **verdadera civilización rural:** espíritu de trabajo, sencillez y lealtad; respeto de la autoridad, sobre todo de los padres; amor de la patria y fidelidad a las tradiciones, que a través de los siglos se han señalado fecundas en bienes; prontitud a la ayuda recíproca, no sólo en la familia, sino de familia en familia, de casa en casa; en fin aquel valor, sin el cual los demás no tendrían consistencia, perderían su precio, y se trocarían en una actividad desenfrenada de ganancias: el verdadero espíritu religioso..."

Como base de esta civilización rural cristiana Pío XII coloca la "propiedad rural". "Entre todos los bienes que pueden ser objeto de propiedad privada, ninguno es más conforme a la naturaleza, según la **Rerum Novarum**, que la tierra que habita la familia, y de la que saca en todo o en parte su subsistencia". Ella es el remedio más eficaz contra el incontenible éxodo campesino. Sobre el abuso de esa tierra sagrada de la que se apodera el capital o el estado desalojando a los pequeños agricultores vibra indignado el Padre Común: "Y mientras que el pueblo sufre de hambre, y el labrador adeudándose cada vez más, camina hacia la ruina, la economía del país se agota comprando a precio de oro los víveres que tiene que impor-

tar de fuera. Esta perversión de la propiedad privada de la tierra es sumamente dañosa. El nuevo propietario no siente atracción ni interés por una tierra que tantas generaciones han cultivad con amor. Asimismo no tiene corazón para las familias que allí trabajan y deben quedarse". Propugna el Papa una enérgica reforma agraria, evitando de todas formas los procedimentos brutales y en muchas ocasiones "el estado puede intervenir, en interés común para regular el uso de la propiedad, o aún, a falta de otra solución equitable, decretar la expropiación, mediante una justa indemnización" (Radiomensaje del 1-9-44).

Una reforma agraria, "con la distribución de la tierra hecha a la ligera sería más bien pura demagogia y más dañosa que útil".

En nuestro país existe un verdadero subproletariado campesino a los que bien se podían referir las palabras de Pío XII: "ese poderoso ejército de asalariados rurales, reducidos a las más estrechas condiciones de existencia y privados de toda perspectiva de una participación en la propiedad del suelo, y que si no se actúa de manera eficaz y apropiada quedarán siempre confinados en las filas del proletariado" (Quadragessimo Anno). Tal vez muchos de ellos no sean capaces, por una ausencia casi total de educación de base, de llegar a la propiedad privada. Pero muchos aspiran a ello. Ni tampoco hay que exagerar el número de los desheredados de la tierra entre nuestros campesinos. En el Táchira, según el censo de 1950 (muy incompleto) sobre una población de 307.583 habitantes hay 24.185 agricultores (7,86%), y de ellos 19.931 propietarios; 1.197 arrendatarios; 1.723 aparceros; 2.549 ocupantes y 1.017 de condición mixta. Sin embargo, se dejan fuera del censo más de 44.000 campesinos por no tener tierra en propiedad o en usufructo. Estos ocupantes a veces no tienen estabilidad y pueden ser desarraigados por cualquier veleidad de los terrenos municipales, nacionales o particulares que "ocupan". Pongamos el caso del Estado Cojedes, como botón de muestra de otra región característica de nuestro medio nacional. Según el censo de 1950 esta región de caracteres netamente agrarios, tiene 52.111 habitantes. De ellos sólo el 1,17% es propietario de algún pedazo de tierra, y en el Distrito Anzoátegui la proporción es de 28%. La situación social no puede ser más lamentable y se refleja de manera dramática en la vida del pueblo, en el endémico desempleo, y aún el hambre que azota como plaga permanente a parte de la población. Del millón y pico de hectáreas de superficie del Estado Cojedes más del 80% de tierras explotables está "ocioso", o como en el caso de los pastos naturales no es objeto de trabajo humano. Y paradógicamente son las peores tierras las que dan más rendimiento ,porque las buenas no son explotadas.

CONCLUSIÓN:

Tal vez he ido demasiado lejos en este esbozo de cuadro, que quisiera completar en algún artículo posterior. Con trazos vigorosos y seguros M.A.E. en su editorial plantea el problema de la inferioridad del proletariado rural respecto al industrial. De las clases sociales la campesina es la eterna cenicienta. Necesita organizarse y unirse y ojalá lo haga bajo el signo de la justicia y la caridad, encarnadas por la Iglesia, de quien siempre ha sido hija fiel. Y hay signos esperanzadores de que lo está haciendo. La clase agrícola debe seguir siendo la espina dorsal de Venezuela, y como lo dice hermosamente Pío XII "la reserva de hombres sanos de cuerpo y de alma, para todas las profesiones, para la Iglesia y para la Patria". A pesar de la postración en que se la ha dejado en Venezuela, todavía la clase campesina sigue siendo filón millonario de hombres y de valores y vena inacabable de virtudes. Es como el alma de la Patria. Cuando el campo vuelva a ser lo que fué Venezuela volverá a encontrarse. Un día pasará la fiebre del petróleo y la Patria gozará de buena salud. Una clase campesina enraizada en la familia en torno al altar, segura de sí misma, organizada. Sólo la vuelta al campo, la civilización rural salvará la civilización cristiana.

JUAN MIGUEL GANUZA S. J.